

Después de muchos años de cavilaciones, y cuando había cumplido los 54 de su vida y se hallaba en su plenitud creadora, Juan Ramón iniciaba la edición de su Obra depurada y ordenada. Lamentablemente, un grupo de militares rebeldes cortó el proyecto nada más empezado. En su exilio de hombre libre no quiso continuarlo: quizá le resultaba imposible proseguir un plan iniciado en circunstancias tan felices como diferentes de las que tuvo que padecer fuera de su patria. Otros propósitos se sucedieron durante su larga estancia en los Estados Unidos y la última en Puerto Rico, y ninguno se hizo.

La historia de la literatura española perdió la única oportunidad de contar con una edición fiable de la Obra juanramoniana. En la actualidad, sus escritos siguen esperando la hora de una publicación estructurada hacia la todavía imposible edición definitiva.

Por eso, *Canción* es un modelo a seguir por los estudiosos del poeta. Y es, sobre todo, una «casa de belleza», en la que los lectores encontrarán esas muestras de perfección lírica que Juan Ramón dedicó a la inmensa minoría popular de aristocracia de intemperie. Varios grupos andaluces cantan con distintas músicas estas canciones en la actualidad. Se cumple así la profecía poética de Juan Ramón, expresada en este libro: «Canción, tú eres vida mía,/ y vivirás, vivirás;/ y las bocas que te canten,/ cantarán eternidad».

Arturo del Villar



Onetti: la literatura como pasión*

Desde 1938 (*El Pozo*) a 1993 (*Cuando ya no importe*), han pasado muchos años y muchos libros. Unos y otros han contribuido a configurar el mundo mítico de Juan Carlos Onetti, sobre el que el escritor uruguayo ha volcado, ha disparado un profundo pesimismo que ha desembocado, a sus 84 años, en la más absoluta desesperanza. Nota a la que su autor nos tiene acostumbrados y cuyo origen se remonta a 1940, momento en el que ya Onetti era un individualista desilusionado debido a un viejo sentimiento de desencanto en todos los órdenes de la vida uruguaya; nihilismo generacional descrito en su novela *Tierra de nadie*.

Que la melancolía, un claro sentimiento de absurdo y un profundo pesimismo y escepticismo, teñido ahora de una corrosiva y ácida ironía, se han acentuado en este escritor, al que sólo desde hace algunos años la crítica ha comenzado a hacerle justicia literaria, lo demuestra el sugestivo título de su última novela *Cuando ya no importe*, eco-recordatorio de su anterior *Cuando entonces* pero, sobre todo, título significativo de un mensaje desolado, hábilmente transmitido en la elección de un subjuntivo en el que, no hay que olvidarlo, la intencionalidad y subjetividad del emisor transmiten un matiz de

* Juan Carlos Onetti: *Cuando ya no importe*. Alaguara, 1993, 205 páginas.

descreimiento absoluto en cualquier posibilidad de esperanza, un significado de nulidad intensificado por la presencia del adverbio «ya», que, por un lado, nos sitúa en una concreta coordenada temporal y, por otro, potencia el descreimiento absoluto hacia la existencia.

Como en otros libros, Onetti insiste con esta novela en su mundo, volviendo tenaz e implacablemente a sus espacios, temas y personajes. En este sentido no hay novedad. Encontramos de nuevo el ámbito mítico de Santa María, «esa saudade de nada», como la denominó su autor, un lugar desolado, sombrío y mediocre, en el que la esperanza y la fraternidad se han esfumado. La ciudad ficticia de: *Una tumba sin nombre, El Astillero, Juntacadáveres...* «una geografía de obstáculos para la verdadera comunicación y existencia»; un decaído puerto fluvial, «una verdad asombrosa y excepcionante», un lugar que nada tiene que ver con el Paraíso; antesala del infierno. Un espacio opresor que destruye y corrompe, en el que lo puro, la inocencia, la ilusión, lo positivo, no tienen cabida, un espacio en el que sólo hay lugar para la prostitución (no olvidar que el prostíbulo es otro espacio de vital importancia e interés en las novelas de Onetti), el alcoholismo, la sexualidad, la brutalidad, la violencia, la locura, la explotación, el contrabando, la negación de la individualidad, el miedo, el fracaso, la suciedad, el abandono, la monotonía, el aburrimiento... En este espacio degradado se dan cita personajes frustrados, sin ideales, sin ética, sin esperanza, desorientados, desgraciados, infelices, solitarios, desesperados de la vida, delincuentes, matones, prostitutas, buscadores... muchos de los cuales nos resultan ya conocidos como el doctor Díaz-Grey, personaje de *Una tumba sin nombre, El Astillero...*, Brausen, Fundador de Santa María y personaje central de *La vida breve*, pero reducido en *Cuando ya no importe* a un rótulo de un café y a una expresión interjetiva... Todos buscan una salida imposible en el microespacio cerrado, agobiante y degradado del Chamané, prostíbulo rancio, viejo y sucio, regentado por un milico homosexual que impone su ley.

El personaje central Carr (de nuevo el gusto de Onetti por los nombres extranjeros acentúa el origen dudoso del protagonista) viene de una situación extrema de frustración, y al aceptar un trabajo al margen de la ley y clandestino, cava la tumba de su futura e inevitable desgracia personal. Carr vive en una especie de vértigo. Al

desarraigarse, desubicarse, desinstitucionalizarse, se convierte en un desterrado moral, pero también en un extranjero, en un extraño recluido en un entorno al margen de la humanidad, sin posibilidad y sin deseos de integración. Hastiado y cansado de vivir, manifiesta un cierto sentimiento melancólico ante la existencia, que no es otra cosa que una inmensa tristeza ante la certidumbre de que la felicidad es imposible. Esta existencia desengañada, inmóvil y desvaída en la que los días son tan iguales que se confunden, en algunos momentos, cobra cierto sentido porque nuestro personaje escribe a manera de diario el apunte de su vida, constatando sólo el día y el mes, no el año. La referencia al propio Onetti es, en este sentido, más que obligada, ya que fue justamente un aislamiento físico y moral, según ha afirmado, lo que hizo de él un escritor, como al personaje de su última novela. A pesar de que no hay datos concretos sobre el año en el que suceden los hechos, el tiempo, ese gran enemigo, se cuela indirectamente en las referencias iniciales a la crisis del Cono Sur en los años 70. Igualmente, el lector percibirá en el espacio fantasmagórico de Santa María, una realidad geográficamente localizable en un mapa: Montevideo, condensado en la famosa frase de la dictadura uruguaya: «el último en salir que apague la luz». Un Uruguay también opresor, en el que según Mario Benedetti se da «el fracaso esencial de todo vínculo, el malentendido global de la existencia, el desencuentro del ser con su destino», palabras que se pueden aplicar a la Santa María onettiana.

La presencia de esta realidad uruguaya en *Cuando ya no importe*, permite afirmar, una vez más, que pese al exilio físico de Onetti, que pese a que el escritor vive en España, no olvida su realidad no sólo uruguaya, sino también latinoamericana y que, pese a la distancia, el autor de *El Pozo* sigue produciendo una novelística «arraigada» como ha dicho César Vallejo cuando ha hablado de los escritores que escriben en el exilio.

Este protagonista es un héroe arquetípico (también el personaje de *El Pozo* escribe) para el que lo único que cuenta es el fracaso. Es un solitario que no se comunica, que no tiene a nadie y que, como tantos otros personajes onettianos, está en fuga, es un asocial, un desarraigado, que revive, cuando sueña e imagina, pero, sobre todo, gracias a un amor imposible. Carr, en el lugar ficticio que es Santa María, no tiene posibilidades de

salvarse porque Santa María es una trampa que anula y ahoga cualquier posibilidad vital. No solamente él, todos los que le rodean están condenados porque todos, en cierta medida, se sienten atraídos por la corrupción y la degradación. Con triste ironía, Onetti, a través de su personaje, confiesa su falta absoluta de esperanza y escapatoria.

A pesar de todo, nuestro antihéroe se creará ilusiones a través del amor hacia una niña, en principio y, posteriormente, bella adolescente, sueño que, como todo, se desvanecerá ante el abandono de ella y el miedo de él. Carr, en los breves apuntes que va escribiendo, muestra que el anclaje en el pasado es muy importante tanto en su aspecto negativo, ya señalado, como en el positivo que implica cierta certeza en una salvación a través del amor y de la añoranza de la mujer querida. Rememorando resucita el pasado, «que es inmodificable», pues, como afirma Carr, la única manera de que los recuerdos no mueran es contándolos, escribiéndolos.

Carr, además de responder a las habituales características de antihéroe, solitario, alcohólico, víctima de la desgracia, cómplice en asuntos turbios, culpable, estafador, mantiene la misma trayectoria vital que otros personajes onettianos: huida de un lugar, proyecto de futuro para mejorar, añoranza de un amor puro e ingenuo, el amor físico satisfecho a través de una sexualidad primaria y animal, caída en la corrupción, desastre, de nuevo huida, actitud desesperanzada y espera de la muerte. No hay posibilidad de cambio, nada que permita al hombre volver a empezar de nuevo su vida. Pero Carr es también un lector con unos gustos muy concretos. Las citas de la literatura francesa de fin de siglo y títulos específicos como *El Mito de Sísifo*, o *Los Monederos falsos*, son más que evidencias literarias.

En este mundo hostil, las mujeres, como en otras novelas de Onetti, son los personajes más matizados, dibujados y variados: animalizadas y embrutecidas, como Eufrosia; tiernas y seductoras, como la niña Elvirita; locas, como Angélica Inés; afectuosas y siempre lejanas y ausentes como Aura. No falta el personaje femenino recurrente en gran parte de la novelística de Onetti: la ninfómana y la joven tentadora imposible e inaccesible en su juego amoroso, siempre, hacia un hombre maduro; adolescente pseudovirginal, destructora y atormentadora de las ilusiones y esperanzas que deposita sobre ella el perso-

naje central. Mujer que permitirá soñar y sublimar el amor como, por ejemplo, la niña Elvirita que provocará en Carr la nostalgia por la inocencia y juventud perdidas, pues no hay que olvidar que para los personajes del autor de *La vida breve* ingresar en la vida adulta es no sólo caer en la desesperación, sino entrar de lleno en una realidad tediosa. Es, en definitiva, el mundo femenino mucho más fascinante, sutil y misterioso que el masculino, quizá porque para su autor, las mujeres aún siendo salvación y condena, le han proporcionado mucha felicidad, como él mismo ha declarado, pero, además, hay otra razón: «las mujeres mantienen el encanto mucho más tiempo que el hombre». En cualquier caso hay que afirmar que Onetti ama a sus personajes porque «sin amor no hubiera escrito ni una sola palabra», ha asegurado el creador de Santa María.

Carr refleja la visión que Onetti tiene de las relaciones humanas abocadas a la desintegración y el deterioro, de ahí que, como otras veces, en otras novelas, se incorpore a su narrador: Carr, lo mismo que Onetti, escribe, actividad que desarrolla porque no termina de conciliarse con el mundo, pero, sobre todo, ambos lo hacen para sí mismos, para sentirse vivos, para ayudarse a vivir, para conseguir momentos de felicidad, para remontar la triste realidad, para olvidar, por algunos instantes, que el paso del tiempo nos obliga a admitir la certeza de que, como decía Neruda, nosotros los de entonces ya no somos los mismos.

Hay un secreto rencor contra el mundo, que Carr manifiesta en su cuaderno de memorias, a veces, desmemoriadas. En él desgrana a tijeretazos su historia más cercana y recuerdos «desvaídos por los años y la lejanía», que configuran un pasado (siempre el pasado en las novelas de Onetti tiene un interés mítico) lleno de desesperanza y fracaso. Aspectos que se prolongarán y acentuarán, cuando el protagonista empujado por la necesidad se vea obligado a cambiar. De esta manera, Onetti vuelve a recordarnos que la existencia es frágil y precaria, que la infancia es demasiado corta porque «se acaba a los tres años» y es entonces cuando la aspereza del mundo se impone; que su concepción del mundo, además de pesimista, está teñida de una ácida y corrosiva ironía: «cuando me presentan a alguien me basta con saber que es un ser humano para estar seguro de que peor cosa no pue-